

HORACIO EN LAS *EPÍSTOLAS EN VERSO* DE TOMÁS DE IRIARTE

FRANCISCO SALAS SALGADO
Universidad de La Laguna

SUMMARY

Horace was particularly relevant in the 18th century, specially in relation to literary precepts. Some of the genres cultivated by this poet were later assimilated by some writers of the 18th century. In this paper I am trying to study the influence of one of those genres, the verse epistle, on an author from the Canary Island, Tomás de Iriarte, who was famous for his literary fables as well as for his qualities as a humanist.

La pervivencia de los autores clásicos en las diferentes etapas de la historia literaria es un hecho más que conocido. Lo que diferencia a unas etapas de otras es el interés que se ha puesto en estos clásicos, pues no sólo puede variar —y de hecho varía— el canon de autores dilectos, sino también el gusto por determinadas obras.

Uno de esos momentos —y éste realmente importante— fue el siglo XVIII, centuria de por demás compleja y heterogénea, a la que se ha caracterizado de muy diferentes maneras¹, distinguiéndose desde siem-

¹ Así señala A. VALBUENA PRAT (*Historia de la literatura española. Tomo IV. Siglo XVIII. Romanticismo*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1982, p. 49): «Si quisiésemos evocar la esencia del dieciocho, tal vez como resultante última, sintética, se nos aparecería el suave paisaje musical, lírico, de un Watteau, sobre el que —entre los vivos sonos de la música mozartiana—, surgiera el contraste violento de la sonrisa demoleadora de Voltaire. Esto es, en suma, lo esencial del siglo XVIII: finura y criticismo. Watteau, Mozart, Versailles y

pre dos compartimentos estancos entre los que no había posibilidad de comunicación: la ilustración y el clasicismo, es decir, la tendencia a querer deshacer hasta lo más venerable de una vasta tradición y la propuesta de unas normas artísticas y literarias que se encastillaban en lo más rancio; en definitivas cuentas, progreso frente a tradición².

Sería poco sensato entrar aquí en discusiones sobre las posibles influencias y los problemas cronológicos habidos este momento. Sí que me interesa INCIDIR, SOBRE TODO en lo que a esta contribución se refiere, que la presencia de los clásicos, fundamentalmente de los latinos, era de alguna manera una necesidad sentida por muchos escritores de la centuria dieciochesca. Algunos investigadores han mencionado siquiera de pasada esta circunstancia que bien refleja F. Aguilar Piñal³ cuando en términos generales expone que «la literatura de la Ilustración, es decir, la que se publica en la época ilustrada con fines de renovación, no es uniforme aunque responde a un común deseo de modernización. Son constantes las críticas a la literatura anterior, y aun contemporánea de copleros y malos poetas, a la vulgarización del hecho literario, tanto como a la oscuridad o barroquización del lenguaje poético. Era preciso volver los ojos a la literatura clásica (...) para purificar el idioma y estar atentos a las novedades literarias de la Europa de las Luces para no perder el tren de la Ilustración». Esta idea, que fue sustento de la corriente neoclásica⁴, provocó una imitación no

Viena, por un lado —jardines asombrosos, palacios neoclásicos, aire de minuetto—; y por otro, la ciencia nueva, la investigación, la crítica acerada y negativa, precursora de las convulsiones de la Revolución francesa; en un nombre solo: la *Encyclopédie*, con toda la gama que va de Voltaire a Rousseau». Para otros detalles cf. E. CATENA, «Características generales del siglo XVIII», *Historia de la Literatura Española*, vol. III, Taurus, Madrid, 1980. Información más precisa sobre la diversidad de la cultura ilustrada puede encontrarse en F. LÓPEZ, *Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIe siècle*, Études Ibériques, Burdeos, 1976 (atiende en su amplitud a humanistas valencianos y, en especial, a Mayáns); J. M^a LÓPEZ PIÑERO, *Introducción a la ciencia moderna en España*, Ariel, Barcelona, 1969; y A. MESTRE, *Despotismo e ilustración en España*, Barcelona, 1977.

² Esto de alguna manera lo sugería FRANÇOIS LÓPEZ («La historia de las ideas en el siglo XVIII», *Boletín del Centro de estudios del siglo XVIII*, Oviedo, n^o 3 [1975], p. 15) cuando afirmaba que «la Ilustración, a nuestro parecer, no fue ni mucho menos, una filosofía única, perfectamente homogénea, sino la convergencia momentánea, provisional, de ciertas tendencias ideológicas distintas y en algunos puntos opuestas».

³ F. AGUILAR PIÑAL, *Introducción al siglo XVIII*, Ediciones Júcar, Madrid, 1991, p. 203.

⁴ Aunque hoy en día está sujeta a revisión, cf. J. ARCE, «Rococó, neoclasicismo y prerromanticismo en la poesía española del siglo XVIII», *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, 18

sólo de los escritores de la Antigüedad sino también de los de épocas más recientes, porque «tan neoclásico será quien imite a Horacio como quien tome como modelo a Garcilaso, a Villegas o Fray Luis de León. En este sentido, integran el nuevo clasicismo español casi todos los poetas cultos del Setecientos, desde algunos componentes de la madrileña Academia del Buen Gusto a los sevillanos de la Academia de Letras Humanas»⁵.

Pero el que nuestros mejores ingenios del siglo XVIII tomaran la carga de revitalizar esta herencia cultural del pasado tenía mucho que ver con la realidad educativa, con la formación que se ofrecía, mucha de la cual pasaba por las aulas de las diversas órdenes religiosas —en especial por las de los jesuitas— cuyos métodos adaptados a fin de evitar el daño moral en los discentes se mostraban caducos⁶. El latín era todavía la lengua de la escolástica y de las universidades, pero ello no incidiría en un conocimiento correcto de esta lengua. Las palabras de F. Lázaro Carreter no dejan ninguna duda cuando menciona que «el latín era una lengua poco menos que ignorada, a pesar de estar repartidas entre las treinta y dos universidades españolas, unas cuatro mil cátedras dedicadas a su enseñanza»⁷. No sólo se hubo de intervenir oficialmente (de ahí la orden dada por Felipe V, ante el desconocimiento de profesores y de alumnos de la lengua latina en el recinto de la universidad, por la cual se restablecía la costumbre del *latine loqui* tanto en el trato universitario como en los ejercicios de oposición, señalándose diversos

(1966), pp. 149-198. También J. M. CASO GONZÁLEZ *et alii*, *Los conceptos de Rococó, Neoclasicismo y Prerromanticismo en la literatura española del siglo XVIII*, Universidad de Oviedo, 1971.

⁵ F. AGUILAR PIÑAL, *op. cit.*, p. 205. Para lo que se dice, *cf.* M^{ra}. T. BAUTISTA MALILLOS, *Poesías de los siglos XVI y XVII impresas en el siglo XVIII*, C.S.I.C., Madrid, 1988.

⁶ Recordemos que la cultura personal en el siglo XVIII comenzaba con el indispensable conocimiento de la lengua latina, necesaria para la enseñanza superior, y esencial no sólo para los teólogos, sino también para los futuros abogados, médicos, canonistas y científicos. La enseñanza se impartía en antiguos seminarios clericales, en los no del todo idóneos estudios de gramática municipales, y a través de preceptores de latinidad particulares. Se ha llegado a estudios estimativos sobre el número de alumnos que cursaban latín contabilizándose unos 25.000 para el año 1767, aproximadamente el cinco por ciento de la juventud española comprendida entre los 7 y los 15 años. *Cf.* R. KAGAN, «Latin in Seventeenth and Eighteenth-Century Castile», *Rivista Storica Italiana*, 85 (1973), pp. 297-320.

⁷ *Cf.* F. LÁZARO CARRETER, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, C.S.I.C., Madrid, 1949, p. 148.

castigos a los que no lo cumplieran⁸), sino que ciertas figuras hispanas de gran peso, como Mayáns, hubieron de rebelarse intentando una revitalización ineludible, conscientes de la necesidad del conocimiento de la lengua latina para la reforma de las letras. Todos estos son aspectos esenciales del humanismo español en los que mucho queda por hacer, sobre todo atendiendo al resurgir de las aficiones humanísticas⁹ que empujó a escritores del XVIII como Cadalso, Meléndez, Iglesias, etc., a la composición de cartas y poesías en latín; y a que, aparte de que se expresaran en latín las aportaciones filológicas, también se plantearan en esta lengua reflexiones reformadoras¹⁰. Éstas motivaron la obra de Martí¹¹, del humanista y médico aragonés Andrés Piquer¹² —quien descubre las posibilidades de los estudios clásicos— del catalán Josep Finestres¹³, de los asturianos Campomanes¹⁴ y Jovellanos¹⁵, y de otros muchos. Sus conclusiones pasaban por considerar las lenguas clásicas, en cuanto a su estructura científica y curricular, no como saberes absolutos pretendiendo una orientación laica que no cayera en la servidumbre religiosa, al tiempo que abogaban por una renovación de los medios didácticos. La presencia de los clásicos debía por ello ser inevitable.

HORACIO EN EL SIGLO ILUSTRADO: LA «EPÍSTOLA EN VERSO»

Pero como se podrá suponer falta mucho para llegar a conclusiones determinantes sobre quiénes de entre los clásicos (y, por lo que aquí se va a tratar, de entre los clásicos latinos) fueron objeto de imitación por nuestros humanistas dieciochescos. Es verdad que se apuntan en las

⁸ *Ibid.*, p. 148.

⁹ Así lo apunta C. REAL DE LA RIVA, «La escuela poética salmantina del siglo XVIII», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, XXIV (1948), pp. 321-364.

¹⁰ Importante es el capítulo II titulado «El soñado Siglo de Oro» de A. MESTRE, *Mayáns y la España de la Ilustración*, Instituto de España-Espasa Calpe, 1990, pp. 53-81.

¹¹ Sus *Apuntes de cómo se deben reformar las doctrinas* (B.A.E., LXV, Madrid, 1953) encuentran aplicación práctica en la *Gramática de la lengua latina* de Mayáns.

¹² Cf. su *Filosofía moral para la juventud española*, Proposición XXII, Lib. II.

¹³ Cf. I. CASANOVAS, *Josep Finestres. Estudis bibliogràfics*, Biblioteca Banes, Barcelona, 1936.

¹⁴ Cf. su *Discurso sobre la Educación Popular*, Editora Nacional, Madrid, 1978.

¹⁵ Cf. su «Memoria sobre educación pública», en *Obras publicadas e inéditas de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, B.A.E., XLVI, Madrid, 1858.

diversas ediciones de nuestros más preclaros escritores y en algunos ensayos influencias a este respecto, las cuales habría poco a poco que ir confirmando y que por ahora sólo pueden servirnos como guía para trabajos concretos¹⁶. Efectivamente, y entrando ya en materia, si no categóricas a este respecto, por lo menos orientativas son las palabras de M. Menéndez Pelayo¹⁷ cuando afirmaba que «buen número de trabajos filológicos relativos a Horacio nos ofrece el siglo XVIII, época para las letras clásicas bastante gloriosa». Fue en verdad Horacio un autor importante en el período ilustrado no sólo en el terreno de la traducción (al que hace referencia la cita de Menéndez Pelayo) sino en el de la imitación, y fundamentalmente en el de la preceptiva literaria¹⁸. Las proféticas palabras de sus *carm.* II, 20, 6-7 y III, 30, 6, suficientemente conocidas por todos, donde proclamaba su inmortalidad literaria, no fueron vanas y la realidad ha demostrado la continuidad de su obra¹⁹ en todas las centurias y en todos los países ya desde la misma Antigüedad, donde muchos escritores siguieron su huella. Son reveladoras en este sentido las palabras que han

¹⁶ Sirva como ejemplo lo que J. M^a CASO GONZÁLEZ («Introducción» a su ed. de Jovellanos, *Escritos literarios*, Espasa-Calpe, Madrid, 1987, pp. 12-13) dice al respecto: «Jovellanos no sabía griego. Por esto sus clásicos tuvo que leerlos en traducción. Algunos debieron encantarle, como Anacreonte y Teócrito. Más influencia ejercieron sobre él los clásicos latinos. A Virgilio y a Horacio, a Juvenal y a Tibulo, a Catulo y a Persio, a Propertio y a Ovidio, los cita bastantes veces. De algunos de ellos conocía muchos versos de memoria. Desde muy joven había dedicado largo tiempo a estudiarlos. A Virgilio y a Horacio les llama “los padres y primeros modelos de la poesía latina”. En sus sátiras imita a Juvenal».

¹⁷ *Bibliografía hispano-latina clásica*, VI, C.S.I.C., Santander, 1951, p. 111.

¹⁸ Aparte de las páginas dedicadas por don Marcelino en su *Bibliografía hispano-latina clásica*, esencial, también del mismo autor, es *Horacio en España* (Imprenta de A. Pérez Dubrull, Madrid, 1885, 2^a ed. 2 vols.). Para la influencia de la poética (especialmente de la *Ars* horaciana) desde el siglo XVI cf. C. O. BRINK, *Horace on Poetry: I Prolegomena to the Literary Epistles*, Cambridge University Press, 1963; II *The «Ars Poetica»* *ibid.*, 1971; y A. GARCÍA BERRIO, *Formación de la teoría literaria moderna, I: La tópica horaciana en Europa*, CUPSA, Madrid, 1977.

¹⁹ Como ejemplos de la pervivencia de su producción a nivel general y en relación con España, aparte del ya mencionado *Horacio en España* de M. MENÉNDEZ PELAYO, cf. entre otros, J. DE ECHAVE-SUSTAETA, «Presencia de Horacio en nuestras letras», *Actas del II C.E.E.C.*, Madrid-Barcelona, 1961, pp. 475-489; V. BOCHETA, *Horacio en Villegas y en Fray Luis de León*, Madrid, 1970; M. C. GARCÍA FUENTES, «Pervivencia horaciana en Jorge Manrique», *CFC IX* (1975), pp. 201-211; M. R. LÓPEZ BÁEZ, *Horacio en España, siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1975; y L. A. DE CUENCA, «Horacio continúa en España», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 324 (1977), pp. 582-586.

puesto de manifiesto que «Horacio ha sido un poeta que ha gustado siempre a unos pocos, más que gustar poco tiempo a muchos»²⁰.

Sin embargo, los géneros cultivados por el vate de Venusia no fueron asimilados con igual intensidad en este período al que estamos haciendo referencia. Por de pronto la lírica horaciana no estuvo del todo desasistida. De ello dan cuenta especialmente las traducciones parciales de las *Odas* por Luzán, Agustín Montiano, Nicolás Fernández de Moratín, Cadalso; y de la lírica completa por el franciscano balear Antonio Oliver, quien dejó manuscrita una traducción de las *Poesías líricas de Quinto Horacio Flaco, en verso castellano* conservada juntamente con otras suyas de Marcial y de la *Eneida* en la biblioteca del convento de San Francisco de Asís de Palma. Señaladas son incluso las imitaciones de la obra horaciana realizadas tanto en latín como en castellano. Asombran en este sentido la de fray Juan de Interián de Ayala, uno de los fundadores de la Academia Española y escritor de poesías en griego, latín y castellano, en su *Conatus imitandi odam «Beatus ille»* que obtuvo el aplauso entusiasta²¹ del Deán Martí o la de Fernández de Moratín, padre, cuya *Vanidad de las riquezas* reproduce el *Nullus argento*, su *Quiétude del ánimo* el *Otium diuos* y *Madrid antigua y moderna* recrea el *Iam pauca aratro iugera*²².

²⁰ Cf. H. SILVESTRE, «Introducción» a su ed. de Horacio, *Sátiras. Epístolas. Arte poética*, Cátedra, Madrid, 1996, p. 38

²¹ Decía el erudito de Alicante: *Quam elegans, quam culta et ad prisca aevi candorem maiestatemque! Numeri apti sponteque fluentes, dictio casta, orationis structura aperta atque concinna, ordo uenustus, poetica lumina splendore suo legentis aciem perstringentia... Dum Horatiana uestigia premis pene obliteras. Cf. Emmanuelis Martini, Ecclesiae Alonensis decani, Epistolarum libri duodecim [...] Tomus primus, Amstelædami, apud J. Wetstenium et G. Smith, 1738. Tomo la cita de M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía...*, VI, pp. 111-112. Más mérito, si es cierto lo que se dice, debiera tener el general y diplomático D. Benito Pardo de Figueroa, quien vertió las obras de Horacio, ya no al castellano, sino al griego «lengua que había aprendido a los cuarenta años, y en la cual compuso gran número de poesías, cual otro Vicente Mariner o Daniel Heinsio» (Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía...*, VI, p. 133).*

²² Otros muchos son los que realizan en sus poesías imitaciones de las odas de Horacio. Como ejemplos tenemos a Cadalso, al padre Iglesias de la Casa, a Meléndez Valdés (su *Diálogo de la reconciliación* es trasunto de *Carm.* III, 9) e incluso al autor aquí estudiado, Tomás de Iriarte, quien imita, según M. MENÉNDEZ PELAYO (*Bibliografía...*, VI, p. 117) «en un lindo soneto el *Ob crudelis nimium et Veneris muneribus potens*». Mayor información en V. CRISTÓBAL, «Introducción» a Horacio, *Odas y Épodos*, (trad. de M. Fernández Galiano), Cátedra, Madrid, 1990, pp. 59-62.

Pese a ello, parece que en el siglo XVIII tuvo mayor difusión la poesía hexamétrica horaciana; al menos así se ha considerado desde que M. R. Lida²³ apuntara que «la lírica de Horacio ha dominado con señorío absoluto mientras se desarrollaban los “siglos de oro” de las literaturas europeas: siempre importante, ya que la tradición que ha creado no deja de cultivarse, en el siglo XVIII lo es sin embargo menos que los *Sermones*. Porque el siglo XVIII es el siglo de la razón, de la crítica, de la polémica, de la prosa: la *Epístola a los Pisones* interesa más que el *Diffugere nives*». Esta afirmación, a la que se han sumado otras recientemente²⁴, es realmente significativa.

Ciertamente, Horacio en relación con la preceptiva clasicista fue como refiere R. Lapesa²⁵ «una de las máximas autoridades desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII»; pero en este momento la *Ars poetica* (parece que su influencia no fue tan importante en la España ilustrada²⁶ por lo menos en el terreno de la traducción) se alía con la otra preceptiva literaria, la de Aristóteles y la de otros preceptistas extranjeros más actuales, para sentar las bases de la poética moderna. Y, recordemos, la poética de este siglo la llena sobre todo Luzán. Éste se encar-

²³ *La tradición clásica en España*, Barcelona, 1975, p. 261.

²⁴ Así se expresa R. CORTÉS TOVAR («Sátiras y epístolas», en C. Codoñer [ed.], *Historia de la literatura latina*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 150): «En el siglo XVIII, siglo de la razón y de la crítica, se apaga la influencia de la lírica horaciana en favor de sus sermones. La poética de Luzán, las epístolas y sátiras de Nicolás Fernández de Moratín, Jovellanos, Quintana, Sánchez Barbero y Leandro Fernández de Moratín, por citar sólo a algunos de los horacianos del siglo dan prueba de ello».

²⁵ *Introducción a los estudios literarios*, Cátedra, Madrid, 1874, p. 137.

²⁶ M^a del Carmen GARCÍA TEJERA («Algunas notas sobre las traducciones españolas de la *Poética* de Horacio en el siglo XIX», en L. CHARLO [ed.], *Reflexiones sobre la traducción*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1994, pp. 53-55) apunta que la influencia de la *Poética* de Horacio tuvo por lo menos en el terreno de las traducciones mayor incidencia en el siglo XIX que en el XVIII (más de 20, frente a las 10 ó 12 del siglo XVIII). Aparte del prestigio que todavía seguía teniendo la epístola horaciana en este siglo, esta investigadora sugiere como probable explicación a esta circunstancia el que los nuevos planes de estudio para Enseñanza Media derivados de la Real Orden de 20 de septiembre de 1850 establecían que todos los alumnos debieran de aprender de memoria la Epístola de Horacio a los Pisones. Pero a esto último, aunque sea como mención circunstancial, tampoco escapaban en el siglo XVIII. Como ejemplo, por poner uno de tantos que podrían señalarse, se sabe que el agustino fray Diego González tuvo desde niño una pasión enorme por la poesía, en la cual se formó leyendo y aprendiendo de memoria los grandes poetas latinos y españoles, en especial Horacio y Fray Luis de León (cf. J. L. ALBORG, *Historia de la literatura española*. III. *Siglo XVIII*, Gredos, Madrid, 1972, p. 439).

gó de advertirnos que las reglas expuestas en su libro, aunque acaso se lo parezcan al lector «por lo que tienen de diversas y contrarias a lo que el vulgo comúnmente ha juzgado y practicado hasta ahora», no son nuevas en modo alguno, «pues hace dos mil años que las codificó Aristóteles, [y] fueron epilogadas por Horacio...». Ello es tan cierto como que algunos críticos consideran la Poética luzanesca de «mera copia de las de Aristóteles, Horacio y Boileau»²⁷. Pero no sólo Luzán, también Meléndez tuvo como maestro al venusino para conformar su epicureísmo anacreóntico. De Alberto Lista se sabe que tuvo entre sus modelos preferidos, más que a los escritores barrocos, a los que estaban en la línea clásico-renacentista, a saber, los que van de Horacio a Herrera, aunque el primero sería su gran modelo²⁸. Y, en fin, no extraña que Cándido María Trigueros, en su carta-prólogo a Olavide la cual antecede a su *Los Guzmanes o el cerco de Tarifa* firmada en Sevilla el 25 de febrero de 1768, aluda a la conocida «labor de lima» que preceptuaba el venusino:

Viene, por fin, a las manos de V.S. la tragedia *Los Guzmanes*, y viene a ellas mucho más temprano que debiera. Yo la dejaría de buena gana descansar, siguiendo el consejo de Horacio, hasta que limada y corregida poco a poco, fuese menos indigna del asunto y de las personas que deben leer.

Pero no sólo la influencia se advierte en la preceptiva literaria. Ya Juan F. Alcina apuntaba que el camino de influencias de la poesía latina clásica y la neolatina en las lenguas vernáculas podría ser ininterrumpido desde el Renacimiento hasta la Ilustración período «cuando se cierra esta forma de imitación mimética de la literatura que ha iniciado el Renacimiento»²⁹. Estas palabras las decía a propósito de los géneros literarios que nacieron al amparo de sus homónimos del

²⁷ Cf. L. A. DE CUETO (marqués de Valmar), *Poetas líricos del Siglo XVIII*, B.A.E., II, Madrid, nueva ed., 1952, p. 107. Mayor información al respecto en R. P. SEBOLD, «Análisis estadístico de las ideas poéticas de Luzán: sus orígenes y su naturaleza», en *El rapto de la mente*, Prensa Española, Madrid, 1970.

²⁸ Cf. H. JURETSCHKE, *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, 1951, p. 270.

²⁹ J. F. ALCINA, «Entre latín y romance: modelos neolatinos en la creación poética castellana», en J. M^a MAESTRE-J. PASCUAL (eds.), *Actas del I Simposio de Humanismo y Perivencia del Mundo clásico (Alcañiz, 8 a 11 de mayo de 1990)*, Cádiz, vol. I.1 (1993), p. 6.

humanismo, de los que asimilaron las formas literarias, sus conceptos y funciones. No está de más recordar que aquella preceptiva classicista que parte de los autores antiguos conformó un género de poesía que tuvo enorme éxito en el Renacimiento y que vuelve ahora a ser retomado por los mejores escritores de inspiración clásica. Me refiero a la «epístola en verso» a la manera de Horacio cuyos cultivadores recuperaron la tradición renacentista. Esta epístola horaciana fue asimilada por la poesía neolatina con el nombre de *sermo* y por la poesía en romance con el nombre de *epístola*, siendo uno de los géneros más significativos practicados en el Renacimiento³⁰. Petrarca fue su precursor y a partir del 1500 el género se consolidaba tanto en latín³¹ (son significativas las figuras de Jacopo Sadoletto y Girolamo Fracastoro) como en vernáculo (recuérdese a Maquiavelo y Ariosto con sus *capitoli* en ter-

³⁰ La cuestión terminológica ha dividido a quienes piensan que sermones y epístolas son dos géneros diferentes o por el contrario iguales. Así Ch. WITKE (*Latin Satire. The Structure of Persuasion*, E. J. Brill, Leiden, 1970, p. 11) y M. COFFEY (*Roman Satire*, Londres, 1976, p. 76) piensan que son diferentes, mientras que la tesis contraria, sobre el carácter unitario de ambas en un género común, la sátira, fue expresado desde antiguo por Porfirión, en el Renacimiento por Isaac Casaubon y más recientemente por G. L. HENDRICKSON («Are the Lettres of Horace Satires?», *AJP* 18 [1897], p. 314) y E. P. MORRIS («The Form of the Epistle in Horace», *Yale Class. Stud.* 2 [1931], pp. 79 ss). Lo mismo sucede cuando se intenta buscar el punto de arranque de la epístola renacentista. Hay quienes sugieren que la epístola renacentista parte del segundo género (esto es, de las epístolas) (cf. E. L. RIVERS, «The Horatian Epistle and its Introduction into Spanish Literature», *Hispanic Review* 22 [1954], p. 177) y otros, como J. F. ALCINA («Tendances et caractéristiques de la poésie hispano-latine de la Renaissance», en A. REDONDO [ed.], *L'Humanisme dans les lettres espagnoles* [XIXe. Colloque International d'Études humanistes, Tours, 5-17 Juillet 1976], París, 1976, p. 142), opinan que *Sermo* y *Epístola* antiguas constituían un único modelo y que los humanistas los imitaban indistintamente con el mismo nombre. Más luz al respecto ha venido a dar un reciente artículo de B. POZUELO CALERO («La oposición *sermo/epístola* en Horacio y los humanistas», en J. M^a. MAESTRE-J. PASCUAL [eds.], *Actas del I Simposio sobre Humanismo y pervivencia del mundo clásico [Alcañiz, 8 a 11 de mayo de 1990]*, vol. I.2, Cádiz, 1993, p. 844) quien propone sátira como el término universal del género. *Sermo* lo emplearía Horacio como sinónimo de sátira, y epístola, por su parte, mantendría una oposición privativa con los dos términos anteriores, pues designa sólo las composiciones así tituladas, «en tanto que aquéllos designan la composiciones de los dos primeros libros de sátira y además, en razón de su uso como término no marcado, las epístolas».

³¹ Para suelo hispano, cf. J. F. ALCINA ROVIRA, «Aproximación a la poesía latina del Canónigo Francisco Pacheco», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 36 (1975-1976), pp. 211-263. Más reciente, con estudio preliminar y traducción en castellano, es la obra de B. POZUELO CALERO, *El licenciado Francisco Pacheco. Sermones sobre*

cetos). Entre los primeros cultivadores en castellano se cuenta principalmente a Garcilaso³², a Boscán, a Diego de Mendoza, por no citar también a Gutierre de Cetina, Francisco de Aldana, Diego Hurtado de Mendoza y al autor de la *Epístola moral a Fabio* del primer cuarto del siglo XVII. En el XVIII hubo un resurgimiento del género bien a través de traducciones³³ o de composiciones propias, de lo cual dan ejemplo algunos distinguidos horacianos como Quintana (*Epístola a Valerio*), Leandro Fernández de Moratín³⁴, particularmente Jovellanos³⁵, y el autor objeto de este trabajo —aunque menos estudiado que los otros— Tomás de Iriarte.

LAS EPÍSTOLAS EN VERSO DE TOMÁS DE IRIARTE

Pudiera ser que la celebridad del autor canario como fabulista haya sido el motivo de que el resto de sus composiciones no sean suficientemente conocidas y, por ello, examinadas. Tampoco estas composiciones parecen tener idéntica aceptación entre la crítica especializada, aun-

la instauración de la libertad del espíritu y lírica amorosa, Universidad de Cádiz-Universidad de Sevilla, 1993.

³² Cf. C. GUILLÉN CAHEN, «Sátira y poética en Garcilaso», en *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Editorial Crítica, Barcelona, 1988, pp. 15-48.

³³ M. MENÉNDEZ PELAYO (*Bibliografía...*, VI, pp. 118 y 124) ofrece referencias del jesuita Andrés Forés, quien tenía empezada una traducción de las sátiras y epístolas de Horacio, según fuente del P. Pou en su *Specimen*; y del canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba, D. Manuel María de Arjona, quien dejó la traducción de la sátira I, 1 recogida en la colección de *Líricos del siglo XVIII*.

³⁴ En sus composiciones originales Moratín, quizás buscando un espacio más amplio a sus propios sentimientos, parafrasea los temas horacianos, combinando con los de las *Odas* otros muchos extraídos de las *Sátiras* y las *Epístolas* del latino. Así sucede en sus epístolas *A Don Simón Rodrigo Laso*, *A Don Gaspar de Jovellanos* y *A un ministro sobre la utilidad pública*. (cf. J. L. ALBORG, *op. cit.*, p. 416).

³⁵ Entre otras, se conservan la *Epístola a Batilo*, la *Epístola a Moratín*, la *Epístola de Jovino a Poncio*, la *Epístola de Jovino a sus amigos salmantinos*, la *Epístola de Jovino a sus amigos de Sevilla*, la *Epístola del Paular*, etc. Con respecto a esta última refiere J. L. ALBORG (*op. cit.*, p. 826): «La segunda versión de la *Epístola del Paular* muestra, en efecto, cómo Jovellanos se sentía incómodo, o premioso, cuando manejaba temas eróticos. En esta segunda versión Jovellanos eliminó la parte dedicada a Enarda y al amor, y la sustituyó por una consideración sobre los azares y peligros del mundo, que son los que ahora le mueven a buscar en el claustro y la naturaleza circundante el retiro y la paz de su espíritu [...] pero el tema tenía detrás una larga herencia clásica y el poeta no puede evitar la huella de Horacio y de fray Luis al transformar la composición amorosa en filosófica».

que al respecto se haya venido a reconocer alguna inspiración en las epístolas frente al resto de poemas extensos, la égloga, algunas anacreónticas, los sonetos y los epigramas. Sin embargo, de las mencionadas epístolas se suele censurar a renglón seguido un prosaísmo, al parecer, ya superado desde que Russell P. Sebold demostrara que la estética de Iriarte «se articula entre el polo de la poesía que se acerca con exceso a la prosa prosaica y deja por consecuencia de ser poética, y el polo de la poesía que se acerca con justa medida a la prosa intuitiva y por ello se enriquece de muchas perspectivas»³⁶.

Dejando a un lado valoraciones estéticas que ahora no vienen a cuento, lo que sí es seguro es que el precedente clásico de estas epístolas no ha sido ni en el menor de los casos valorado. Lo más y mucho que se ha hecho, sobre todo por parte de los antólogos, es una mención esporádica de estas composiciones, situándolas en el marco general de la producción iriartiana³⁷. Se menciona el tema y algún que otro cuadro anecdótico de no todas la epístolas, para seguidamente estimar sus virtudes y reprochar sus vicios estilísticos³⁸.

Un hecho fundamental, creo, y primero es analizar estas composiciones en relación con sus posibles fuentes, y la clásica es evidente. De esta manera se lograría introducir a nuestro autor y a este género dentro de la corriente que se ha señalado anteriormente, sobre la que se han hecho importantes investigaciones³⁹.

A este respecto conviene señalar que Iriarte no escapó tampoco a la influencia del venusino, cuya *uis* poética fue paladeando a propósito de adaptaciones de poemas horacianos como la oda *O crudelis nimium et Veneris muneribus potens*, de la traducción de la sátira *Qui fit, Maece-*

³⁶ R. P. SEBOLD, *Tomás de Iriarte, poeta de «rpto nacional»*, Cátedra Feijoo, Oviedo, 1961, pp. 29-38.

³⁷ Cf. las referencias de S. DE LA NUEZ, «Introducción» a su ed. de T. de Iriarte, *Fábulas Literarias*, Biblioteca Básica Canaria, Madrid, 1989, p. 16; y de R. FERNÁNDEZ, «Introducción» a *Los Iriarte. Antología*, Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1992. El único análisis concreto que conozco se debe a A. NAVARRO GONZÁLEZ, «Temas humanos en la poesía de Iriarte», *Revista de literatura*, t. I (1952), pp. 7-24.

³⁸ Así en J. L. ALBORG, *op. cit.*, pp. 527-530.

³⁹ Cf. como ejemplo A. SÁNCHEZ ROBAYNA, «Los tercetos gongorinos de 1609 como epístola moral», en *Silva gongorina*, Cátedra, Madrid, 1993. Especialmente notas 3 y 4, donde refiere un trabajo suyo en curso titulado «La epístola horaciana en los Siglos de Oro».

*nas*⁴⁰, pero sobre todo de la traducción de la *Poética*, cuyo esfuerzo no escapó a la inflexible crítica de M. Menéndez Pelayo⁴¹:

Los defectos de las anteriores traducciones del *Arte Poética* movieron a D. Tomás de Iriarte a emprender el mismo trabajo, publicando una nueva versión en 1777 [...] En su traslación evitó cuidadosamente los yerros de sus predecesores; estudió y meditó el texto original; examinó cuantas ediciones de Horacio pudo haber a las manos, unas con sólo el texto como la Elzeviriana de 1629, que es de las más correctas; la de Londres de 1737; la de Glasgow de 1760, y otras ilustradas con notas y comentarios de diversos eruditos, como son, entre los más antiguos, Acrón, Porfirio, Jano Parrasio, Francisco Luisino, Yodoco Badio Ascensio, Ángelo Policiano, Celio Rodigino, Aldo Manucio, Jacobo Boloniense, Henrico Glareano y Francisco Sánchez de las Brozas, y entre los más modernos Joseph Juvencio, Juan Bond, Minelio, Daniel Heinsio, Luis Desprez, el académico francés Dacier, el P. Sanadón y el abate Batteux. Ilustró su trabajo con notas de varia erudición y un discurso preliminar en que analiza con docta aunque áspera crítica varias de las traducciones de Horacio publicadas antes que la suya.

Interesante, por ello, sería ver en primer lugar si se da la asimilación de la poesía hexamétrica horaciana (como se ha visto, la de mayor influencia entre los literatos del XVIII) en las epístolas del autor canario y, si la hay, examinar cómo pudo producirse aquélla. En adelante intentaré delinear a través de los textos que me han parecido más significativos, aunque de una manera general y como primera aproximación, la pervivencia del venusino para recomponer la suerte de preceptiva del vate canario, dilatando así de alguna manera la influencia de Horacio en el siglo XVIII, y en especial de este género de las epístolas en verso.

⁴⁰ En palabras de M. MENÉNDEZ PELAYO (*Bibliografía...* VI, p. 117) «con los mismos defectos de prosaísmo, flojedad y dureza notados en la *Epistola ad Pisones*».

⁴¹ *Bibliografía...*, VI, p. 115. Y sigue: «En esta versión no se hallarán errores en punto a la inteligencia del sentido, que Iriarte comprendía bien: no se hallarán defectos en el lenguaje, que es dondequiera purísimo, castizo y acendrado, aunque falto de abundancia y de nervio; pero se hallarán desleídos los pensamientos del original en 1.065 versos, a veces duros, a veces inarmónicos, y casi siempre flojos y desaliñados» (*Bibliografía...* ya cit., p. 115). Para un primer acercamiento a esta versión cf. F. SALAS SALGADO, «Observaciones sobre la traducción de Tomás de Iriarte de la *Poética* de Horacio», en *La traducción en España 1750-1830: lengua, literatura, cultura* (Barcelona, 20-23 de octubre de 1998) (en prensa).

LA INFLUENCIA DE HORACIO EN LAS *EPÍSTOLAS* DE IRIARTE

El primer indicio de que Horacio influyó, si no de forma decisiva, sí sustancial, en Tomás de Iriarte, lo refiere éste en su *Epístola IX, escrita en 20 de mayo de 1776, a una Dama que preguntó al Autor qué Amigos tenía*⁴². Es una composición larga, pero sólo parte de ella interesa, pues aquí el fabulista ya asegura tener a Horacio entre sus preferidos; aunque también otros puntos son tocados en relación con la preceptiva, que más tarde en otras epístolas fijará el canario.

Por de pronto declara su embeleso por el venusino, a quien considera maestro, guía y modelo; y evidencia la atracción que le suponen las composiciones líricas, las sátiras y la *Ars* de aquél, muchos de cuyos versos ha aprendido de memoria:

[...]
 Amigo llamo, Señora,
 (Sentemos este principio)
 A quien me agrada y divierte;
 Los demas no son Amigos.
 En esta suposicion,
 El mayor Amigo mio
 Murió bien léjos de aquí
 Habrá unos diez y ocho siglos.
 Dábanle por nombre Horacio,
 Y conservó á un tiempo mismo,
 Siendo Filósofo, ingenio,
 Y siendo Poeta, juicio.
 Fué Maestro de buen-gusto;
 Y le estói agradecido,
 De que para mi recréo
 Me dexó escritos diez libros.
 Oh! como sabe mostrarse
 Ya afectuoso con Virgilio⁴³;

⁴² El texto de Iriarte lo reproduzco por la edición de la *Colección de obras en verso y prosa de D. Tomás de Yriarte, Tomo II. Que comprehende varias Poesías*. En Madrid: En la Imprenta de Benito Cano, MDCCLXXXVII. Para Horacio sigo la edición de H. W. Garrod, Oxford, 1967, 14^a reimpression.

⁴³ Son varias las poesías que el lírico dedica al que fue su amigo, le introdujo en el círculo de Mecenas y le abrió el camino de las letras. Así *carm.* 1, 3; pero mejor *sat.* 1, 5,

Ya con su Augusto obsequioso⁴⁴,
 Ya con su Glicera fino!⁴⁵
 ¡Como describe y corrige
 De Roma antigua los vicios,
 O afeándolos severo
 O riéndolos festivo!
 ¡Y como guía al Poeta
 Con documentos tan fixos,
 Que es el apartarse de ellos
 Acercarse al desvarío!
 Cobréle grande afición;
 Conózcole por escrito,
 Y solamente de vista
 Por medallones antiguos.
 Ya que tratarle no puedo,
 Llevo sus versos conmigo;
 Y los que sé de memoria
 Son mi deleite y mi auxilio.
 Horacio es mi Biblioteca;
 Y encierran tanto sus libros,
 Que quanto mas léo en ellos
 Méno creo haber leído. (pp. 84-86)

Viene bien recordar que una declaración parecida no fue tampoco ajena al propio Horacio, el cual, evocando la tradición que prorroga, mostraba su devoción a Lucilio al tiempo que confía seguir su patrón (*sat.* 2, 1, 28-34); aunque también, a pesar de considerar la excelencia del estilo de Lucilio (*sat.* 1, 10, 48-49), no tuvo reparos en declarar astutamente su inferioridad (*sat.* 1, 10, 64-71; *et sat.* 1, 4, 6-13). No resulta, pues, extraño que a renglón seguido, Iriarte igualmente aduzca las impropiedades de la engañosa erudición que se exhibe en muchos foros y aparentan personajes «cultos» de su época. Empieza por el teatro, sigue con el orador y finaliza con el erudito:

donde Horacio cuenta el viaje a Brindis que Plocio, Vario, Virgilio y él hicieron en pos de Mecenas, y donde resalta la camaradería que reinaba entre todos ellos. En otro, *carm.* 1, 24, consuela al poeta épico por la muerte del común amigo Quintilio Varo.

⁴⁴ Cf. *carm.* 4,4; y mejor, 4, 14.

⁴⁵ Así en *carm.* 1, 19; 1, 30; 1, 33; 3, 19.

Si al no arreglado teatro
 Por casualidad asisto,
 Mucho malo, poco bueno,
 Gracias á Horacio, distingo.
 No me divierto como otros,
 Ni me entristezco, ni río:
 Me quita Horacio un buen rato;
 Mas no aplaudo un desatino.
 Al Orador sin ingenio,
 Al envidioso Erudito,
 Al necio supersticioso,
 Al ocioso presumido,
 Y otros que en la sociedad
 Son molestos individuos,
 Ante el tribunal de Horacio
 Acá en mi interior los cito. (p. 86)

Invitan estos versos a regresar de nuevo al venusino, especialmente por las referencias que se hacen a éste, que es tomado como «medida» por Iriarte. Horacio había sugerido algo parecido en *ars* 24-30, si bien pensando más en los poetas. Allí daba cuenta de la engañosa apariencia de la que hacen gala muchos de éstos, y así, cuando se carece de arte, se amontonan más los vicios si se intentan evitar los defectos:

maxima pars vatium, pater et iuvenes patre digni,
 decipimur specie recti: brevis esse laboro,
 obscurus fio; sectantem levia nervi
 deficiunt animique; professus grandia turget;
 serpit humi tutus nimium timidusque procellae;
 qui variare cupit rem prodigialiter unam,
 delphinum silvis appingit, fluctibus aprum.
 in vitium ducit culpae fuga, si caret arte.

Pero se podrían establecer igualmente semejanzas en relación al género, ya que la forma y el contenido en las epístolas irartianas se muestran fieles a este autor clásico. Efectivamente, la primera característica que encontramos en las epístolas en verso de Tomás de Iriarte es el diálogo manifiesto que se intenta establecer con un ficticio interlocutor. Este interlocutor puede ser real, y así dirige sus versos a un personaje concreto (los más relevantes son Cadalso y Domingo de Iriarte), versos donde el vate canario manifiesta sus inquietudes, o responde a

alguna pregunta que se le ha formulado; o puede ser ficticio (normalmente se refiere a un «Amigo») y entenderse así un público más amplio: son las epístolas más intimistas y las que la crítica más ha valorado en cuanto a percibir en ellas rasgos definidores de estilo y, a veces, la propia personalidad atormentada de nuestro vate⁴⁶. Este primer rasgo enlaza ya la epístola de Iriarte con Horacio. No hay que olvidar que éste denominó a sus sátiras *sermones*⁴⁷ («charlas») ([...] *neque si qui scribat uti nos / sermoni propiora, putes hunc esse poetam*.[...], *sat.* 1, 4, 41-42) revelando con ello una de sus fuentes de inspiración, cual fue la *diatriba moral*, género literario puesto en circulación por los predicadores cínicos: la intención no era otra que convertir el sermón moral público del predicador estoico o cínico en un discurso moral privado, en un *sermo* entre amigos⁴⁸, proyectado para el perfeccionamiento de los partícipes del mismo.

⁴⁶ Decía J. L. ALBORG (*op. cit.*, 529) que «la epístola séptima [*Epístola VII. Escrita en 8 de enero de 1776. Describe el Poeta á un Amigo su vida semifilosófica*] es de especial interés porque el poeta nos describe lo que llama «su vida semifilosófica»; hastiado de la vida de sociedad, se refugia en su casa como en un santuario, donde ha ido acumulando los objetos de arte, cuadros y libros que hacen su delicia. Una vez más se pregunta el escritor si debe exponer sus propias obras a la curiosidad general o guardarlas para su solo goce; de nuevo se le plantea el dilema entre la egoísta —pero, a la vez, atormentada— soledad, o una problemática comunicación, de la que teme salir cada vez más insatisfecho. Esta insatisfacción, esta íntima sensación de fracaso es el gran tema de Iriarte; en realidad es la suya una queja egoísta, de orgullo resentido porque no recibe de la sociedad el tributo que cree merecer. Este único tema provoca a su vez la sátira, que es la casi única cuerda de su lira; por lo menos, la más feliz. Iriarte es, por esencia, un gourmet del arte, un delicado cantador de excelencias, que ridiculiza el mundo de la gente vulgar, en medio de la cual sufre la soledad del incomprendido. Digamos, en cambio, que su sátira es suave y correcta, sin estridencias; un cortesano nunca se descompone. El carácter de Iriarte no se avenía con el reproche amargo ni el trazo violento; hasta para quejarse era moderado». Esta larga cita toca uno de los principios también básicos de la moral horaciana, la «autarkeia» o autosuficiencia e imperturbabilidad del hombre liberado de las preocupaciones superfluas del mundo exterior. A este respecto recordemos que en *epist.* 1, 7, dirigida a Mecenas desde la finca de la Sabina, Horacio defiende su retiro: ya no está para el ajetreo de la vida social romana y se muestra dispuesto a devolver a Mecenas los regalos que éste le envía con tal de seguir disfrutando de su libertad.

⁴⁷ Cf. C. J. CLASSEN, «Satire-The elusive Genre», *Symbolae Osloenses*, 63 (1988), pp. 95-121.

⁴⁸ Para esta peculiaridad, cf. A. OLTRAMARE, *Les Origines de la Diatribe Romaine*, Imprimeries Populaires, Genève, 1926; y E. G. SCHMIDT, «Diatribe und Satire», *Wissensch. Zeitschrift Univ. Rostock*, 15 (1966), pp. 507-515.

Otras consideraciones a este respecto guardan relación con Horacio. Es justamente en la *Epístola XI, en prosa y verso, escrita en 20 de Octubre de 1777, á D. Joseph Cadabalso, reconviniéndole sobre no haber dado respuesta á la Dedicatoria de la Traducción del Arte Poética de Horacio* cuando, entre bromas y veras, y en medio de la propia misiva reprobatória, hay respuesta de nuestro autor a un «cierto individuo», a quien explica la clase de poesía a que su ingenio se adapta. A pesar de tener entre sus escritores más apreciados a preclaros poetas latinos y entre los griegos a Homero (y quizás no sea esto un lugar común por lo que llevamos viendo en el fabulista), nuestro autor declara crecidas simpatías hacia el género que más picazón y daño provoca entre los que le escuchan, (ello pudo propiciar el reproche que el venusino reproduce *in se* por boca de otro, en *sat. 1, 4, 78-79: 'laedere gaudes' / inquit 'et hoc studio pravus facis'*)⁴⁹ lo cual no deja de tener cierto tono programático:

Hoy léo una cultísima Elegía
 Del ingenioso Ovidio,
 O del dulce Tíbulo;
 Su fantasía, su expresion envidia;
 Y á escribir tiernos versos me estímulo.
 Léo mañana de Maron la Encida,
 O al gran Cantor de Aquiles y Briseida;
 Y un noble impulso siento
 De probar atrevido
 La embocadura al épico instrumento.
 [...]
 Mas por una experiencia que no miente,
 Y un exâmen maduro de mi genio,
 (Si es lícito que cuente
 En algo con las fuerzas de mi ingenio)
 Créo yo que á la Sátira se adapta,
 Aunque mas odios que alabanzas capta.
 Si hablára con el vulgo, y nó contigo,
 Ni aun la palabra *Sátira* nombrara,

⁴⁹ Adjetivos que definen a la sátira son *niger* y *ater*, característicos de las composiciones horacianas. Para la acepción de *niger* como «chiste mordaz» (*sal nigrum*), cf. L. VOIT, «Ein kleines Horazproblem. Horaz und sein Gegner in der Sat. I, 4», *Gymnasium*, 87 (1980), pp. 401-410.

Por que suele poner mui mala cara,
 Y temer como acérrimo enemigo
 Al que, escribiendo Sátiras morales,
 Curar pretende envejecidos males.
 No distingue los útiles escritos
 Que las ridiculeces, los delitos,
 Los errores y abusos vituperan,
 De los que con censuras personales
 En infames libelos degeneran. (pp. 106-108)

Pero estas cualidades no lo convierten en un género dado a la fácil improvisación; al contrario, requiere el mismo esfuerzo que cualquier otra clase de composiciones. Es así que, tras esto, Iriarte pasa de inmediato en unos versos jugosos a declarar sus largas horas de estudio con objeto de prevenir la zafiedad que muchos versificadores de su tiempo dejan traslucir en sus composiciones y que achaca a tres inoportunas apetencias propias de su época:

Yo, infeliz, me apliqué por mis pecados
 A estudiar los poéticos principios;
 Y aunque mis versos no parezcan buenos,
 Tres defectos evitan á lo ménos:
 Vocablos afectados,
 Inoportunos ripios,
 Y Galicismos nuevamente usados. (p. 108)

Estos versos también pueden tener sus referente en un pasaje horaciano, concretamente en *epist.* 2, 2, 109-125. Horacio aquí alecciona a aquellos que quieren componer poesía según la ley (*cf. et sat.* 2,1, 82-86). Evitarán así mantener palabras que tengan poco lustre, desenterrarán vocablos durante tiempo olvidados y, lo más importante, prescindirán de lo rimbombante:

at qui legitimum cupiet fecisse poema,
 cum tabulis animum censoris sumet honesti;
 audebit, quaecumque parum splendoris habebunt
 et sine pondere erunt et honore indigna ferentur,
 verba movere loco, quamvis invita recedant
 et versentur adhuc inter penetralia Vestae:
 obscurata diu populo bonus eruet atque
 proferet in lucem speciosa vocabula rerum,

quae priscis memorata Catonibus atque Cethegis
 nunc situs informis premit et deserta vetustas;
 adsciscet nova, quae genitor produxerit usus:
 vehemens et liquidus puroque simillimus amni
 fundet opes Latiumque beabit divite lingua;
 luxuriantia conpescet, nimis aspera sano
 levabit cultu, virtute carentia tollet,
 ludentis speciem dabit et torquebitur, ut qui
 nunc Satyrum, nunc agrestem Cyclopa movetur.

Sin embargo, no para aquí la influencia de los hexámetros horacianos. Los pilares sobre los que se fundamenta la epístola de Iriarte también beben de la regla expuesta allí. Son varios los lugares donde Tomás los determina. El primero de ellos se encuentra en la *Epístola IX*. Aquí tras señalar los valores que Horacio ha defendido —sobre los que posteriormente el fabulista canario incidirá— dice:

No hai proceder en los hombres,
 No hai pasion, yerro, ú capricho,
 Ni en mí pasa cosa alguna
 De que en él no halle el aviso.
 En Artes, Ciencias, costumbres,
 Modo de pensar, y estilo
 El enseña á preferir
 Lo verdadero y sencillo.
 Lo vulgar, é inverosimil,
 Lo afectado y mal fingido,
 La hojarasca, la bambolla
 Son sus grandes enemigos.
 Cunden éstos como peste;
 Y en contagio tan maligno,
 Es cada hoja de Horacio
 Remedio y preservativo. (pp. 86-87)

Estos versos esbozan dos de las características más probatorias de la sátira: la verdad y la sencillez, características recogidas en sendos versos del venusino. La primera, definida por el *dicere verum*, aparece unida en Horacio a la de la broma, dando cabida así a un principio compositivo, el *spudeogeloion* «lo jocosero», que se encuentra como tal en la diatriba moral griega al aceptar la mezcla de una forma divertida con un consecuente formal. Así lo advertía en *sat.* 1, 1, 23-25:

praeterea ne sic ut qui iocularia ridens
percurram: quamquam ridentem dicere verum
quid vetat? [...]

Esto Iriarte lo vendrá a matizar más si cabe, parafraseando casi los versos del latino, en otras agudas reflexiones. La más evidente, amén de otros lugares⁵⁰, se presenta tras la *Epístola XI, en prosa y verso, escrita en 20 de Octubre de 1777 á D. Joseph Cadabalso, reconviniéndole sobre no haber dado respuesta á la Dedicatoria de la Traducción del Arte Poética de Horacio*: Dice así:

El Estilo <hablando de la *Epístola 3ª*> en que la compuse es (como lo echaréis de ver) el que provechosamente usa la Sátira, confitando las amargas verdades con las dulces chanzas; y en fin, la entereza, ó (si os place llamarla así) acrimonia con que alguna vez publico sin rebozo los deplorables abusos que conozco, y no puedo emendar, se me ha ido pegando, no sé como, desde que me he aficionado á los dos famosos predicadores de antaño Horacio y Juvenal. (pp. 104-105)

El otro principio al que me refería, el de la *brevitas*, que Iriarte refiere como «sencillez», se refleja concretamente en *sat. 1, 10, 7-14*. El fin es evitar *onerantibus auris*, en el caso de Iriarte «lo afectado y más fingido, la hojarasca y la bombolla»⁵¹:

ergo non satis est risu diducere rictum
auditoris: et est quaedam tamen hic quoque virtus:
est brevitate opus, ut currat sententia neu se

⁵⁰ En el «Prólogo» al tomo II (pp. VII-VIII) de *Colección de obras...* dice: «Muchas de las composiciones que forman este tomo son de estilo jocoserio, por que el Autor ha tomado la Poesía mas como distracción ó recreo en los intervalos de otras tareas serias y de obligación, que como medio de captar aplausos aspirando al gran nombre de Poeta: nombre que muchos se arrojan, y á muy pocos es debido, si hemos de entender en rigor aquellos notables versos de la IV. Sat. del Libro I. de Horacio: [...]».

⁵¹ Lo mismo encontramos en el siguiente juicio perteneciente también al «Prólogo» del tomo II de *Colección de obras...*: «Este género de estilo, fácil en apariencia, tan estimado de algunos juiciosos Lectores, como despreciado de otros á quienes agrada aquella Poesía de bombolla, en que *Todo es cristales, perlas y diamantes/ todo es follage, tajos y reverses* [en nota: *Poesías del príncipe de Esquilache*, Carta III, p. 198] conviene específicamente á la Sátira, y aun mas á la Epístola satírica, cuales son algunas que se insertan en este tomo» (pp. IX-X).

impediat verbis lassas onerantibus auris;
 et sermone opus est modo tristi, saepe iocoso,
 defendente vicem modo rhetoris atque poetae,
 interdum urbani, parentis viribus atque
 extenuantis eas consulto. [...]

Bien conocería nuestro autor⁵² tal suerte de preceptiva por la misma *ars* 333-339, donde estos principios se apuntalan con toda claridad:

aut prodesse volunt aut delectare poetae,
 aut simul et iucunda et idonea dicere vitae.
 quidquid praecipies esto brevis, ut cito dicta
 percipiant animi dociles teneantque fideles.
 omne supervacuum pleno de pectore manat.
 ficta voluptatis causa sint proxima veris,
 ne quodcumque velit poscat sibi fabula credi,
 [...]

Pero no sólo es en la teoría poética y en los principios y características que rigen la producción hexamétrica horaciana donde Iriarte parece asentar sus versos, sino en la misma práctica literaria. Aun cuando se precisen de otros trabajos que de alguna manera ayuden a probar esto convenientemente, creo que convendría ofrecer unas pinceladas donde se rastree asimismo la posible —si no segura— influencia de Horacio en el tema de la composición poética. Me detendré concretamente en la *Epístola IV, escrita en 8 de febrero de 1776. Con ella dirige el Autor algunas de sus Poésias á un Amigo que deseaba verlas* la cual contiene algunas indicaciones relativas a los poetas y a su labor.

⁵² Así lo explicita suficientemente en la *Epístola XI, en prosa y verso, escrita en 20. de Octubre de 1777. á D. Joseph Cadabalso, reconviniéndole sobre no haber dado respuesta á la Dedicatoria de la Traducción del Arte Poética de Horacio* (pp. 99-100):

Yo, Señor, días ha tuve el arroyo
 Si no lo has por enojo
 De trasladar á verso Castellano
 Con estudio y afán más que mediano,
 Durante el ocio de unas vacaciones,
 La Epístola de Horacio á los Pisones;
 Aquélla que sujeta á reglas y arte
 Los ingenios que aspiran á agradarte.

Por de pronto, comienza Iriarte presentando en escena a un indeterminado poeta en un momento de inspiración arrebatadora, cuando empieza a declamar sentado a la mesa sus versos ante el deleite de todos, pero gozo especial suyo (si bien adelante que el final para aquél no va a ser del todo feliz):

Pues ¿qué diré del júbilo que siente
 El Poeta que se halla por fortuna
 En una alegre mesa, y de repente
 Se explica en una décima oportuna
 Que suspende á la turba concurrente?
 Los repetidos vivas, y el ruído
 Que hacen con los cuchillos en los platos
 Los que el númen le aplauden, á su oído
 Son mil veces mas gratos
 Que el acorde solféo
 De Febo, de Anfion, y el Tracio Orféo.
 Estos, y muchos mas, dichosos ratos
 El poético oficio proporciona
 Quando benignamente nos corona
 De verde lauro las calientes sienas.
 Mas ya verás, o Fabio, en un instante
 Este lauro marchito:
 Verás al infeliz Versificante,
 (Tales son de la suerte los vaivenes!)
 De su antigua pasión y error contrito,
 En pésames trocar los parabienes. (pp. 39-40)

Motivos parecidos aparecen en la poesía en hexámetros de Horacio. Uno de ellos puede verse en *sat.* 1, 4, 73-78, donde, al contrario que hace Iriarte, Horacio se queja de la inoportunidad de muchos que recitan sus versos en cualquier lado, *sine sensu* y en *tempore alieno*:

nec recito cuiquam nisi amicis, idque coactus,
 non ubivis coramve quibuslibet. in medio qui
 scripta foro recitent sunt multi quique lavantes:
 suave locus voci resonat conclusus. inanis
 hoc iuvat, haud illud quaerentis, num sine sensu,
 tempore num faciant alieno. [...]

En la misma *Epístola IV*, a renglón seguido, Iriarte manifiesta el formidable esfuerzo que esta tarea ha costado al improvisador vate, abrumado especialmente por la ingrata carga de limar oportunamente su obra:

Primeramente, Amigo, el pobrecito
 Tuvo en hacer sus versos gran trabajo.
 Algunos de ellos hubo que le traxo
 Tres días mal comido y caviloso.
 Buscó en su casa una remota pieza,
 Y retiróse á ella silencioso.
 Rascóse dos mil veces la cabeza,
 Y tres mil se chupó los dos pulgares:
 Escribió treinta versos regulares,
 Doscientos malos, y catorce buenos;
 Y echó sus cien borriones á lo ménos.
 Batalló contra un perro consonante
 Que todo su concepto deslucía;
 Desterró un epíteto redundante,
 Y emendó una feroz cacofonía.
 Item mas, con bastante sentimiento
 (¡Oh sacrificio raro é inhumano!)
 Desperdió un famoso pensamiento,
 Que aunque era agudo, enfático y galano,
 Entónces no venía bien á cuento. (pp. 40-41)

A pesar de la evidente relación con el resabido e insistente tópico del *limae labor* expresado en *ars* 289-294, también otros lugares ya tópicos de la poesía hexamétrica de Horacio pudieran haber sido lugar de inspiración de nuestro autor. Ya en *epist.* 2,1, 108 ss. Horacio se queja de que todos sin excepción se aplican al arte de la poesía, incluso él, quien arrastrado por este furor versificatorio general, se prepara para una noche en vela:

ipse ego, qui nullos me adfirmo scribere versus
 invenior Parthis mendacior, et prius orto
 sole vigil calamum et chartas et scrinia posco.

Y en otro lugar (*sat.*, 1, 10, 72-75) recalca la conveniencia de la corrección, la alegría de tener pocos, pero buenos, lectores, y la desgracia que lo contrario le podría acarrear:

saepe stilum vertas, iterum quae digna legi sint
scripturus, neque te ut miretur turba labores,
contentus paucis lectoribus. an tua demens
vilibus in ludis dictari carmina malis?

Pero, como ya advertí, en la antedicha epístola no acaba bien lo que en principio bien parecía haber empezado. He aquí que para desgracia del sufrido poeta, el pueblo, sin saber él cómo, ya está enterado de su trabajo mucho antes que la imprenta diera a la luz sus versos. Un pérfido amigo, a quien en consideración había entregado su poema, ha hecho que todo el empeño que ha puesto el desesperado versificador en pulirlo se venga abajo; aquí y allá se puede encontrar a cualquiera que, como si de coplas de ciego se tratara, recita sus versos alegremente:

Traslada, en fin, la obra de su mano;
Entrégala á un Amigo por fineza;
Y apénas éste á divulgarla empieza,
Quando por las tertulias corren copias
Tan viciadas por bárbaros Copiantes,
Que el Autor, exôrnado con variantes,
Ya desconoce sus idéas propias.
Para mayor dolor advierte luego
Que un Idiota importuno,
Como si fueran coplas de algun Ciego,
Va á leerle sus versos en voz alta.
Testimonios levanta en cada uno,
Y sílaba, ó dición siempre le falta.
Como Niño de escuela deletreá;
El desgraciado Autor está que salta;
Y entretanto bosteza la asamblea. (pp. 41.42)

Quizás en la mente de nuestro fabulista estaba aquel otro pasaje del lírico latino, concretamente *epist.* 1, 19, en el que se censura a los bebedores de vino, para colmo además autores de poemas, quienes incluso cuando imitan son atajo servil y bochornoso; a éstos el de Venusia no podría nunca semejarse pues [...] *Parios ego primus iambos / ostendi Latio* (vv. 23-24) y *hunc [Alcaeum] ego, non alio dictum prius ore, Latinus / vulgavi f̄dicen.* [...] (vv. 32-33). Puede que esa originalidad que reclama para sus escritos (*iuvat immemorata ferentem / ingenuis oculisque legi manibusque teneri*, vv. 33-34) le llevara antes a asestar con mordaz dardo (vv. 19-22):

O imitatores, servum pecus, ut mihi saepe
bilem, saepe iocum uestri movere tumultus!
libera per vacuum posui vestigia princeps,
non aliena meo pressi pede. [...]

Conviene no dilatar más esta limitada incursión en la poesía iriarriana desde la perspectiva clásica. Por lo que he bosquejado, parece que la influencia de Horacio casi denunciada por doquier por nuestro renombrado fabulista es más fuerte y evidente de lo que a primera vista parece. Por lo menos los diversos apartados que se señalan no son ajenos en ninguno de los dos vates; es más creo que debiéramos entenderlos siempre partiendo desde el escritor latino. Por lo tanto no se trata de mero empaque culto propio de una taimada erudición, sino la realidad que embargó la actividad literaria de muchos escritores del siglo XVIII. Parece claro que no sólo la poética horaciana reclamada como norma literaria en esta centuria influyó, por el conocimiento que tenía de ella, en don Tomás, sino que también continúa nuestro autor por momentos los derroteros trazados por el preceptista latino en el género de la epístola poética. Quizás sea sólo casualidad el encontrar semejanzas entre los versos castellanos y los latinos, pero también a lo mejor demuestren éstos lo contrario, y nuestro poeta —lo que no hay que extrañar— haya conocido más ampliamente esta parte de la producción del vate romano. De esta manera no sólo nuestros mejores ingenios ilustrados «se acogen a la Musa venusina» para usar las palabras de V. Cristóbal⁵³, sino también la preceptiva poética y, sobre todo, la pervivencia de un género que tuvo peso importante desde nuestro Siglo de Oro, tanto en latín como en romance, está asegurada. Es evidente que hay diferencias claras, debidas a los distintos ambientes culturales y las diferentes razones que llevaron a uno y a otro poeta a realizar sus composiciones. Sin embargo, la fina y astuta acrimonia parece ser lugar común en ambos. Queda por establecer, como ya dije, las influencias en composiciones epistolares concretas de nuestro humanista, especialmente las de marcado carácter literario, y establecer un amplio estudio —que sin duda sobrepasa las posibilidades de cualquier investigador— en todos los autores dieciochescos de los que se sospeche que hayan bebido de las

⁵³ En «Introducción» a Horacio, *Odas y Épodos...* ya cit., p. 59.

mieles horacianas. Creo que ello ayudaría a afianzar las múltiples hipótesis sobre la influencia clásica esbozadas en diversas partes, las cuales podrían convertirse sin investigaciones que las avalen en lugar común y repetido entre los estudiosos.